

De crónicas y ciudades

CARMEN PERILLI

*Las ciudades son un conjunto de muchas cosas:
memorias, deseos, signos de un lenguaje; son
lugares de trueque, como explican todos los libros
de historia de la economía, pero estos trueques no lo
son sólo de mercancías, son también trueques de
palabras, de deseos, de recuerdos.
(Calvino, *Las ciudades invisibles*)*

La crónica se hace eco de los imaginarios urbanos, se ha transformado en la narración por excelencia de la ciudad. El cronista es el testigo de las modificaciones del tejido urbano en los tiempos modernos. Trata de mostrar la disgregación en tiempos en los que el consumo se apodera de la vida de los sujetos, atrapados en la cartografía de ciudades que de sueños de orden pueden transformarse en abrumadoras pesadillas. Las nuevas estructuras de sentimientos de fines del siglo XX se caracterizan por la presencia del miedo y el desconocimiento del otro.

La crónica puede ser considerada como una “reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el imperio formal domina sobre las urgencias informativas” (Monsiváis, 2). Narra libremente los acontecimientos como vistos o vividos desde la interioridad propia y ajena, permite la intervención de la subjetividad.

Responde a un modelo discursivo protohistórico, se liga al gesto ancestral de la narración, implica la selección de acontecimientos por temas y ámbitos; establece una cronología, que comienza y termina en cualquier punto. El autor reivindica para sí el derecho de narrar no se ve obligado a explicar los motivos de la selección de los acontecimientos. Tiene libertad absoluta salvo en lo que se refiere a la coherencia.

La trama ordena los acontecimientos de modo sucesivo e implica un final con significado. El final plantea interrogantes y demandas de valor. La reconstrucción de los hechos sin apoyo testimonial obvia al testigo y lo sustituye con nuevos méto-

dos de registro. En el género la insistencia de lo real acompaña el cuestionamiento de los alcances del lenguaje. El espacio cronístico se coloca en el límite entre instituciones como la literatura y el periodismo y exhibe fuertes lazos con los medios de reproducción técnica como el dibujo y la fotografía.

Los estragos económicos del capitalismo neoliberal no han hecho más que acentuar la barrera entre el adentro y el afuera; en las grandes metrópolis, ciudades caóticas, donde el espacio está diferenciado, recrudecen los enfrentamientos y se desalientan los contactos. Si bien la ciudad nace en oposición al desierto, para instalar un orden civilizatorio, en muchos casos el tránsito hacia la megalópolis supone la pérdida de memorias e identidades urbanas. La ciudad histórico-territorial y la ciudad industrial quedan subordinadas ante la fuerza de la ciudad comunicacional que ya no reconoce la centralidad de la letra.

Hoy las ciudades se construyen para cercar las diferencias, más amenaza que estímulo de la vida comunitaria, y todavía no hemos encontrado el modo de convivir en el espacio público con los nuevos pobres y las nuevas multitudes. La comunidad se debate, aquí y en todo el mundo, entre las demandas de mayor seguridad y los reclamos de mayores libertades que preserven la efervescencia y vitalidad de la cultura urbana. *Cómo vivir juntos (Speranza).*

Nuevas subjetividades se arman en lógicas de convivencia tan salvajes como el capitalismo que las origina. Se localizan en los márgenes de economías profundamente desiguales: favelas, comunas, villamiserías, caseríos. La escritura apela a una poética de la presencia, para relatar historias de “vidas reales”, para armar cartografías.

Si en un comienzo el vertiginoso tránsito de cosmópolis a megalópolis puso en crisis las formas de acercarse a un escenario amenazado por la diseminación en el que se hacía imposible lograr una imagen total y se tornaban complejas y fragmentarias las lecturas de las prácticas cotidianas de la multitud que la puebla. Actualmente nos encontramos con enormes conglomerados fragmentados que han perdido la posibilidad de una imagen de totalidad.

Las ciudades han dejado de ser “comunidades conocibles”, en el sentido de

Raymond Williams, ocupadas por la desolación y la miseria, donde “vivir mata” como lo señala el título de una película mexicana. Carlos Monsiváis afirma “En el terreno visual, la Ciudad de México es, sobre todo, la demasiada gente... Pero en el Distrito Federal la obsesión permanente (el tema insoslayable) es la multitud que rodea a la multitud, la manera en que cada persona, así no lo sepa o no lo admita, se precave y atrinchera en el mínimo sitio que la ciudad le concede”.

La ciudad se constituirá como suma de espacios y de tiempos. Juan Villoro afirma “Con frecuencia, las megalópolis construyen una geografía imposible de asociar con la noción de lugar”. La literatura y el periodismo latinoamericanos han sostenido y sostienen diálogos fecundos, en una tradición de periodismo narrativo inaugurada por figuras como José Martí y cultivadas por autores como Robert Arlt y Rodolfo Walsh. Como señala Tomás Eloy Martínez:

El periodismo nació para contar historias, y parte de ese impulso inicial que era su razón de ser y su fundamento se ha perdido ahora. Dar una noticia y contar una historia no son sentencias tan ajenas como podría parecer a primera vista. Por lo contrario: en la mayoría de los casos, son dos movimientos de una misma sinfonía.

Borges, García Márquez, Fuentes, Onetti, Vargas Llosa, Asturias, Neruda, Paz, Cortázar, son sólo algunos de los nombres que continúan a Darío, Martí, Gómez Carrillo, Del Casal. El narrador se instala en ese espacio híbrido, en el límite entre discursos e intenta usar la palabra como una cámara lúcida. Si la novela es el género que permite imaginar las naciones, como lo señaló Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas*, la crónica se ha convertido en uno de los instrumentos imprescindibles para imaginar la ciudad contemporánea. Julio Villanueva Chang afirma: “Se escriben historias en parte para intentar dar sentido y lógica a una experiencia. Más que dar noticias una buena crónica transmite una experiencia”. Rossana Reguillo plantea los inextricables lazos entre los cuerpos y las crónicas.

Cómo narrar por ejemplo, la muerte que se disfraza de retórica oficial para justificar la muerte de tantos y tantos jóvenes en el continente, que aguas al sur del Río Bravo, constituyen ya el ejército inerme de “los inviados”, que

mueren bocabajo, en un terreno abandonado, con los testículos deshechos y la lengua arrancada por otros jóvenes vestidos de uniforme. Cómo contar la historia de los sueños empacados en bolsitas de plástico que estallan las vísceras de “las mulas” o “traquetos” que convierten su cuerpo en depósitos de cocaína porque hay pocas opciones y cómo, entonces, resistirse a los dólares blancos. Cómo mantener las fronteras del relato, para contar el frío, el miedo, la temblorina de un “ilegal”, pegado a la “línea” y rezándole a la “Sanjuanita”, para que la “migra” no lo descubra.

En este segundo número de Telar dedicado a la ciudad nos proponemos un recorrido por la crónica desde la conquista hasta el siglo XXI. Contamos con la colaboración de cronistas excepcionales como los colombianos Alberto Salcedo Ramos y Margarita García Robayo así como la de la argentina Selva Almada. Salcedo Ramos afirma

Yo creo que el periodismo adiestra al escritor en el descubrimiento de los temas esenciales para el hombre. Me parece que en esta profesión uno tiene acceso a un laboratorio excepcional en el que siempre se está en contacto con lo más revelador de la condición humana. Uno aquí ve desde reyes hasta mendigos, truhanes, bárbaros, seres maravillosos, de todo, y eso es útil para construir universos literarios creíbles y ambiciosos.

Inauguramos la sección *Homenajes* y decidimos recordar los valiosos aportes de dos figuras tucumanas muy ligadas a la revista y a nuestro Instituto. Tomás Eloy Martínez cuyas crónicas extrajo de La Gaceta de Tucumán el periodista Miguel Velárdez. Esta colaboración es uno de los capítulos del libro *Relatos infieles. La escritura de Tomás Eloy Martínez*. Por otro lado Sonia Mattalía, la investigadora tucumana que murió en Valencia cuya vida quisimos celebrar con un magnífico trabajo sobre la crónica modernista en José Martí, extraído de su magnífico libro *Miradas al fin de siglo: Lecturas modernistas*.

En cuanto a la zona que denominamos “Lecturas” las hemos ordenada temporalmente como un modo de dar cuenta del trayecto del género y su relación con las vinculaciones con la ciudad. Desde la crónica mexicana de la conquista, la

crónica de Alfonso Reyes y las crónicas más actuales de Rodolfo Walsh, Abelardo Castillo, Pedro Lemebel y Josefina Licitra.

La tradición de la crónica es vasta, los orígenes pueden datarse en la conquista, cuando los primeros cronistas dibujaron a las ciudades indígenas. Luego distintos viajeros cartografiaron selvas, desiertos y mares pero también las ciudades. Pero indudablemente será el modernismo vinculado a la actividad periodística quien funde la crónica moderna latinoamericana. Desde los mediados de siglo se produce una gran revolución del género a la que mucho contribuyen Rodolfo Walsh, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Tomás Eloy Martínez y otros. A esos cambios se suma la institucionalización del género en espacios como la Fundación de Periodismo Latinoamericano creada por Gabriel García Márquez. Hacia comienzos del siglo XXI el género cuenta con grandes exponentes, incluso tiende a independizarse de los diarios, que no siempre alojan este tipo de escritura alejada de la seca información. En ese orden no se puede dejar de mencionar los nombres de Pedro Lemebel, Alberto Salcedo Ramos, Leila Guerriero, Josefina Licitra, Juan Gabriel Vázquez, Christian Alarcón, Jaime Duque. Todos ellos han tomado por su cuenta ese género “anfíbio” en el que se formula la vida de las ciudades contemporáneas.

Carmen Perilli